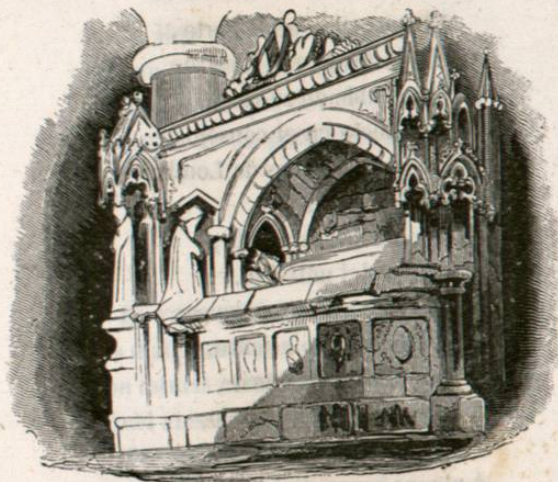
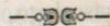


Aun hoy unos viejos muros
del humo y las llamas negros,
recuerdan acción tan grande
en la famosa Toledo.



EL SOLEMNE DESENGAÑO.

AL EXCMO. SR. DUQUE DE OSUNA,
ETC. ETC. ETC.



ROMANCE I.

EL GALAN. — LA ENFERMEDAD.

De Fortuna en la alta cumbre,
grande, jóven, rico, bueno,
de virtud, saber, belleza,
dechado, pasmo y modelo;

El mas galan en la corte ,
 en las justas el mas diestro,
 el mas afable en su casa ,
 el mas docto en el consejo ;

Brilla el marques de Lombai
 cual rutilante luzero,
 al lado de Cárlos quinto,
 domador del universo.

Mas entre tantos aplausos
 y en tan elevado asiento,
 donde el orbe le sonríe,
 y donde le halaga el cielo,

Algo falta   su ventura ,
   alguna mano de hierro
 del corazon se la arranca ,
 y se la saca del pecho.

Melancólico el semblante ,
 y los labios entreabiertos ,
 y las siniestras miradas
 y el mudo desasosiego,

Ya en los saraos de la corte ,
 ya en los festines risueños ,
 ya en la caza bulliciosa ,
 ya en solitarios paseos ,

Ya en el salon , ya en la plaza ,
 ya en la justa , ya en el templo,
 en la mesa , en el despacho,
 en la vigilia , en el sueño,

Un alma rota descubren
 por un fijo pensamiento,
 y un corazon que devora
 el cáncer de un gran secreto.

En vano sondar procuran
 los malignos palaciegos ,
 con astucia cortesana
 aquel abismo encubierto.

Tan solamente columbran
 que los ocultos tormentos
 del marques , se dulcifican
 para ser mayores luego,

O cuando en palacio asiste
 al servicio honroso, atento,
 de la Emperatriz augusta,
 de las hermosas modelo ;

O cuando busca devoto
 con el fervor mas ingenuo,
 arrodillado en la iglesia ,
 en Dios amparo y consuelo ;

O cuando por los jardines
 que al pi  de la gran Toledo
 riega el Tajo, se pasea
 solo, y del bullicio léjos,

Con Garcilaso su amigo ;
ora escuchando sus versos ,
ora en largas conferencias
de gran sigilo y misterio.

Allá en palacio embebido
quedaba en mudo embeleso,
pálido ó rojo el semblante,
convulso, agitado el pecho,

Y bebiendo con los ojos
llenos de vida y de fuego,
de la Emperatriz hermosa
los mas leves movimientos.

En acatarla, en servirla,
y en acertar sus deseos,
aunque tímido y turbado,
diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado
se le miraba en el templo,
como quien está en batalla
con gigantes del infierno,

Y pide al Omnipotente
para tal combate esfuerzo ;
y despues de orar un rato,
y aun de verter llanto acerbo,

Dijérase que encontraba,
de misericordia lleno,
al Señor á quien auxilio
demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas
era tan locuaz y tierno,
tan espresivo unas veces,
otras tan callado y serio,

Como el que ó cuenta delirios
y habla de locos proyectos,
ó escucha reconvenções
y oye inflexibles consejos.

En estado miserable
su espíritu estaba puesto,
y era infeliz, entre dichas,
luchando consigo mismo,

Entre pasiones, virtudes,
obligaciones, deseos,
infernales sugestiones
y celestiales preceptos :

Siendo campo de batalla
su mente y su roto pecho,
do luchaban frente á frente
ángeles malos y buenos.

La mas lozana azucena,
gala del jardin, el cuello
dobla marchita, si esconde
roedor gusano en su seno.

Y la mas gallarda encina
que alza su pompa á los cielos,
si el corazon se le seca,
rómpese al soplo del viento :

Así con un alma enferma
no puede haber sano cuerpo,
ni salud que no se postre
con un corazon deshecho.

Al cabo maligna fiebre
convierte la sangre en fuego,
por las robustas arterias,
por el juvenil cerebro

Del de Lombai, que postrado
yace doliente en su lecho
de oro y seda, que es ya, ; oh mundo !
duro potro de tormentos.

Como jefe de palacio
tiene su vivienda dentro,
con ostentacion servido
de pajes y de escuderos.

Mas la pena mas amarga
y el mas hondo desconsuelo,
y la ansiedad mas horrenda
y el cuidado mas acerbo

Reinan en las ricas salas,
entre amigos y entre deudos,
cunden en palacio todo,
y consternan á Toledo.

Pues reyes, príncipes, grandes,
hidalgos y caballeros,
y hasta el vulgo humilde, miran
con asombro y desconsuelo

En el peligro de muerte
á tan gallardo mancebo,
á tan alto personaje,
de virtud á tal portento.

Y no hai semblante sin llanto,
ni sin angustias hai pecho,
ni labio que no pregunte
con inquietud y con miedo.

Garcilaso de la Vega,
(sin que ni el hambre ni el sueño
en su ansiosa vigilancia
tengan el menor imperio),

Ni un hora, ni un solo instante
deja el lado del enfermo,
y de él los ojos no aparta
sentado junto á su lecho.

Ojos de llanto arrasados,
pero de continuo atentos
á que nadie, nadie escuche
sus fantásticos conceptos,

Las voces rotas, que acaso
del delirio en el acceso
suelen dar funesta lumbré
revelando hondos misterios.

Y cuando allá á media noche
rendidos ya por el sueño
yacian los servidores
reinando feral silencio,

Y en letargo sumergido
también miraba al enfermo,
en el estado terrible
en que es casi muerte el sueño;

A la luz trémula, opaca,
de lejano candelero,
que abultaba oscuras sombras
en las cortinas del lecho,

Dando vislumbres escasas
y fantásticos reflejos,
en rapazejos de oro,
molduras y terciopelos;

Garcilaso, vigilante,
un ténue rumor oyendo,
se alzaba con mudos pasos,
y á un lado del aposento

Levantaba, no sin susto,
un rico tapiz flamenco,
y en la pared descubria
angosto postigo abierto. —

Vago bulto silencioso
por él asomaba luego,
con manto y capuz sin formas,
aparicion, sombra, ensueño,

Sobrenatural producto
de algun conjuro. Con lentos
pasos, sin rumor, al lado
llegaba del rico lecho,

Y en el doliente clavaba
ojos cual brasas de fuego;
y una mano, que en la sombra
daba vislumbres de hielo,

Por la calurosa frente
del aletargado enfermo
pasaba, gemidos hondos
ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo
postigo oculto y estrecho
desaparecia, dejando
como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,
y que habia cobrado cuerpo
alguno de los delirios
de la mente del enfermo. —

La senda el tapiz borraba
el muro otra vez cubriendo,
y tornaba Garcilaso
á ocupar mudo su puesto.

El doctor Juan Villalóbos,
de aquella corte Galeno,
al personaje consagra
toda su ciencia y su esmero.

Y en el pronóstico duda,
y cauto no quiere hacerlo,
hasta que síntomas note
mas favorables que adversos. —

De la juventud al cabo
triunfó la fuerza, y el cielo
miró con benignos ojos
la angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,
y tornó á lucir risueño
el rayo de la esperanza
en los aterrados pechos.

Docto ó sagaz Villalóbos
prescribe como remedio,
que busque fuera de España
nuevos aires, climas nuevos.

ROMANCE II

LA AUSENCIA.

El gran marques de Lombai,
del inminente peligro
salvo, en que se vió de muerte
por enfermedad ó hechizo,

Salió de España, siguiendo
los saludables avisos
del docto Juan Villalóbos,
ó médico ú adivino.

Y aunque el dejar á Toledo,
para su pecho lo mismo
fué que dejarse allí el alma,
resignóse al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,
aquel veneno escondido,
aquel encubierto cáncer,
aquel pertinaz martirio

Que desgarraba su pecho,
que turbaba sus sentidos,
que devoraba su vida,
que era su infierno continuo,

A los campos de la Italia
¡llevó, misero! consigo;
pues penas como las tuyas,
que astros y contrarios signos

Combinan, fraguan y aplican
para un fin desconocido,
en un alma de gran temple,
en un pecho de alto brio,

No mudan cuando se muda
de atmósfera y domicilio,
porque no cambian del cielo
los misteriosos designios.

Halló el marques en Italia,
(porque al cabo el cielo quiso
que algun consuelo encontrase,
que tuviese algun alivio),

A su tierno confidente,
á Garcilaso su amigo,
que guerrero tan insigne
como trovador divino,

Siguió de Italia la empresa
por el César Cárlos quinto,
con el canto de las musas
uniendo de Marte el grito.

El marques, cual siempre mustio,
y cual siempre discursivo,
de aquella guerra los lances
siguió con denuedo y brio.

Y ante la imperial presencia,
con Garcilaso su amigo,
lidió como caballero
en los combates y sitios.

Le encantaron las campiñas
y los Alpes y Apeninos,
y visitó cual curioso,
y admiró como entendido

Los insignes monumentos,
ya modernos y ya antiguos,
que hacen el suelo de Italia
en altos recuerdos rico.

Como devoto cristiano
oró postrado y sumiso,
en las ermitas humildes
que daban nombre á los riscos;

Y en los magníficos templos
que ensalzan al cristianismo,
y son de aquellas ciudades
ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines
que riega el Tesín y el Mincio,
los mismos nombres oyeron
que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
de Garcilaso, que hoi mismo
nos admiran y enternecen,
vencedoras de tres siglos,

Tiernas lágrimas sacaron
de los ojos encendidos
y del corazón doliente
del marques contemplativo;

En las selvas do arrancaron
no ménos hondos suspiros,
de otros destrozados pechos
los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces, ai, seguian
del marques los ojos fijos,
de la plateada luna
el lento y mudo camino;

Y al verla hácia el occidente
rodar con pausado giro,
algun encargo le daba
para el Tajo cristalino;

Con sus miradas queriendo
como estampar en el disco
caractéres, que otros ojos,
por un prodigioso instinto

Leyeran, cuando argentada
derramara el claro brillo,
sobre el regio balconaje
de algun alcázar dormido!

De la espedicion de Francia
tornaba, pues, el servicio
del Emperador siguiendo,
con Garcilaso el divino,

Cuando no léjos de Niza,
antigua torre ó castillo,
á los pendones del César
osó estorbar el camino.

Tal empresa de dementes,
por temeraria, el prestigio
perdió de valiente, siendo
solo acreedora al castigo,

Y á dárselo Garcilaso,
desnudo el acero limpio,
y embrazada la rodela,
voló en enojo encendido.

Desesperados resisten
 los tenazes enemigos ,
 y darles súbito asalto
 determínase al proviso.

Se aplica la escala al muro ,
 y sube por ella altivo
 el valeroso poeta
 que el miedo jamas ha visto ;

Cuando de los matacanes
 desplómase con ruido
 grave piedra, que arrollando
 la escala , frágil camino

Por do á la gloria subian
 tanto ingenio y tanto brio,
 hirió la noble cabeza
 do el lauro á la hiedra unido

Hubiera evitado el rayo ,
 y no pudo , ¡infausto síno !
 de un tosco peñasco entónces
 evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso
 en el foso : horrendo grito
 de desconsuelo y venganza
 atronó el fatal recinto ;

Y el de Lombai presuroso
 al socorro de su amigo
 voló , y en sus tiernos brazos
 retiróle con peligro.

Una hora despues escombros
 era el funesto castillo,
 y de la alevosa sangre
 era su ancho foso un rio,

Pues completa la venganza
 de Garcilaso hacer quiso,
 en dolor y saña ardiendo
 el Emperador invicto.

Mas , ai ! fué venganza estéril
 cual siempre todas han sido,
 pues en Niza á pocos dias
 era el poeta divino

Cadáver yerto, dejando
 la fama de sus escritos ,
 y la gloria de su muerte
 por rica herencia á los siglos.

Golpe atroz , golpe tremendo
 fué para el marques su amigo,
 pérdida tan impensada ,
 tormento tan imprevisto,

Y del dolor mas profundo
 mil pensamientos distintos ,
 y mil funestos presagios
 le hundieron en tal abismo ;

Que si el brazo del eterno,
que aun para mayor conflicto
le reservaba, no hubiera
dádole piadoso auxilio ;

Acaso una misma losa,
acaso un túmulo mismo
encubrieran y tragan
los restos de ambos amigos.

A poco con luto amargo
en el alma y el vestido
tornó, ¡ infelice ! á Toledo
con el César Carlos quinto,

El marques ; sin confidente
en quien encontrar alivio,
ahogando en tormento mudo
de su alma rota los gritos.



ROMANCE III.

UN SOL APAGADO.

Era la estacion florida
de la hermosa primavera,
tan hermosa en las regiones
que el Tajo aurífero riega ;

Y un sol jóven, rutilante,
rodando por la alta esfera
de puro zafir, torrentes
de luz vivífica y nueva

Derramaba por Castilla,
y sobre las gigantescas
torres de la gran Toledo,
de España corte y diadema.

De Toledo, que con justas,
banquetes, danzas y fiestas,
de su monarca triunfante
solemnizaba la vuelta.

Córrense cañas y toros,
donde luce su destreza,
gran jinete en ambas sillas,
el sacro y augusto César,

En los soberbios palacios
músicas acordes suenan,
á cuyo compas gallardas
lucen las damas sus prendas.

Joyas, insignias, brocados
los ricos salones llenan;
y plazas, calles, paseos,
corceles, galas, libreas.

Opulentos cortesanos
en los festejos se esmeran,
y disponen un torneo
donde ostentar sus grandezas.

En él armado aparece,
deslumbrando la palestra,
el de Lombai, revolviendo
una berberisca yegua:

Y con la pica en el ristre,
haciendo tan altas pruebas,
que de palmadas y vivas
el vulgo la plaza atruena.

Sobre las lucientes armas
una banda lisa y negra,
y negros los martinetes
del erguido casco lleva.

Unos dicen son el luto
con que á su amigo recuerda,
otros de su pensamiento
melancólico el emblema.

Y que un funesto presagio
de una desgracia tremenda,
que le amenaza inminente,
solo juzgarse debiera.

El ancho campo preside
la Emperatriz, como reina
de la hispana monarquía,
y de la humana belleza,

Y de cuantos corazones
laten en la plaza estensa,
y en toda la fiel España
lealtad y honradez alientan.

Un gran festin en palacio,
cuando el sol á las estrellas
cedió de los altos cielos
las despejadas esferas.

Celebróse; y luego danza,
en que al son de las orquestas,
las majestades augustas
tomar parte no desdeñan.

Y para la luz siguiente
funciones se anuncian nuevas,
sin que ni el sueño intervalo
permita entre fiesta y fiesta.

¡ Oh Dios, y cuán fácilmente
en la miserable tierra,
tras de las mas dulces horas
horas de amargura vuelan !

¡ Cuán fácilmente las dichas
en infortunios se truecan,
cámbiase la gala en luto,
se torna el gozo en tristeza !

Sale el sol, inmenso pueblo
las calles y plazas llena,
ansiando nuevos placeres,
y que aun no madruga piensa ;

Alistan los cortesanos
sus comparsas y libreas,
joyas, armas, vestes, plumas,
corceles, lanzas, empresas ;

Cuando demudado el rostro,
de la alcoba de la reina
sale trémula, llorosa,
una camarista ó dueña.

Y á los jefes de palacio,
grandes y damas de cuenta,
que á su majestad aguardan
para ir á misa con ella,

Dice, inflexiones buscando,
que desfiguren la nueva :
« *La Emperatriz hoy no sale,
la Emperatriz..... está enferma.* »

Pasma la noticia á todos,
embarga á todos la lengua,
y en un silencio profundo
la estancia aterrada queda.

El de Lombai, el primero,
de los piés á la cabeza
temblando, y pálido el rostro,
pregunta con gran sorpresa :

« *¿ Y su majestad qué siente ?* » —
y le responde la dueña :

« *Aguda fiebre la abrasa,
grave postracion la aqueja.*

« *Que el doctor Juan Villalóbos
sin perder instantes venga,
pues hai peligro inminente
si no me engañan las señas.* »

Dió el marques atras dos pasos,
y en un sillón de baqueta
se desplomó, como herido
por envenenada flecha.

La noticia que en voz baja
anunció la camarera,
creció al punto, y como trueno
que al orbe asombra y aterra,

Ya por Toledo retumba,
helando á todos las venas,
partiendo los corazones,
trastornando las cabezas.

Desaparecen las galas,
recógense las libreas,
murmullo de horror circula,
clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas
que los festejos celebran,
se oyen solo las campanas
que al cielo piedad impetran.

A las puertas de palacio
en su parda mula llega
el doctor Juan Villalóbos,
el portentoso de la ciencia.

Presuroso, fatigado,
sube sin hablar, penetra,
del Emperador seguido,
en la alcoba de la reina.

Con los penetrantes ojos
que clava en la augusta enferma,
su quebrada vista advierte,
su pálida faz observa.

La pulsa atento, examina
la respiracion molesta,
dice un oscuro aforismo
arrugando frente y cejas,

Y con la faz angustiada,
y con azogada diestra,
después que un rato medita,
docto escribe una receta.

La Emperatriz de Alemania,
de España la augusta reina,
hermosa entre las hermosas,
discreta entre las discretas,

La gentil, fresca, radiante
y embalsamada azuzena
que dió á Toledo Lisboa,
de paz y dominio prenda,

En vez del trono del mundo,
do el mundo la reverencia,
yace en el doliente lecho,
de nuestra humana flaqueza

Agotando las angustias,
apurando las miserias,
deslustrada la hermosura,
trastornada la cabeza.

Flor lozana que al impulso
del cierzo se troncha y seca,
astro á quien apaga y hunde
del Criador la omnipotencia.

Un sol y otro sol de oriente
los umbrales atraviesan ,
y sumergida á Toledo
en consternacion encuentran.

Ya ven por calles y plazas
cruzar procesiones lentas ,
fervorosas rogativas
y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el alcázar,
y oyen llanto en las iglesias ,
y llanto hai en los palacios ,
y llanto en las chozas suena ;

Que era universal la angustia
por tan adorada reina ,
y con lágrimas su nombre
se oye repetir do quiera.

El de Lombai , convertido
en muda y helada piedra,
ni un solo momento falta
de la antecámara régia.

Ni hambre ni sueño conoce
que apartarle un punto puedan
del cerco de una ventana ,
fijos los ojos en tierra.

Cuando el docto Villalóbos
con otros fisicos entra
en la silenciosa alcoba ,
le acompaña hasta la puerta ,

Y con inquietud estraña
su salida ansioso espera ,
y algo preguntarle quiere
de que teme la respuesta.

Y al verle salir se turba ,
con las palabras no acierta ,
y en él clava ardientes ojos ,
cual si penetrar pudiera

Su pensamiento escondido ,
los arcanos de la ciencia ;
y calla , y lágrimas pocas
su mustio semblante queman.

Desdichado ! ; harto le dice
su corazon... ! Solo queda
en él alguna esperanza
en las bondades eternas.

Cabildo, comunidades,
parroquias, todos se esmeran
en solemnes rogativas,
votos, plegarias y ofrendas.

Grandes, nobles y plebeyos
los templos llorosos llenan,
y á voces al cielo piden
la salud para su reina.

Todo en vano; fué de bronce
á los clamores y quejas,
pues sus ocultos designios
jamás el mortal penetra.

El doctor en tanto apuro
los Sacramentos ordena,
pues ya remedios no sabe
para tan grave dolencia.

Y con pompa augusta y santa,
pero que los pechos quiebra
del aterrado gentío
que la gran Toledo puebla,

Consternado el arzobispo,
con devotâ pompa lleva
al regio doliente alcázar
el pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma,
de piedad insigne llena,
que aun pudo dar fuerza al cuerpo
de la agonizante enferma.

Dió margen falaz alivio
á esperanzas pasajeras;
mas el doctor aterrado
término fatal rezela.

A los dos dias tal fiebre,
tales síntomas se muestran,
que de repente el palacio
de gran confusion se llena.

Acude Juan Villalóbos,
en llanto prorumpe el César,
y desatentadas corren
las camaristas y dueñas.

Lombai en su puesto, inmoble,
sin mover los labios reza,
cuando de la régia estancia
abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalóbos,
á quien con temor se acerca,
preguntándole angustiado
si alguna esperanza queda.

Y el doctor mudo no hallando
cómo darle la respuesta,
alza los ojos al cielo
y entrambas palmas eleva.

Lo ve Lombai, se estremece,
y cobrando estraña fuerza,
movimiento convulsivo
y una actividad horrenda,

De la cámara corriendo
parte, la guardia atraviesa,
sale á la plaza, el gentío
clamoroso que la llena,

Del palacio en los balcones
la vista y las almas puestas,
penetrando, sin que nadie
en tan gran señor advierta;

Y por calles solitarias
sin objeto vaga y vuela,
el ferreruero arrastrando,
destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,
y el cielo de primavera
azul, despejado, puro,
que espléndidos hermosean

Celajes de oro y de grana,
do el sol poniente refleja,
una bóveda de plomo
que sobre su frente pesa,

Que lo ahoga y lo confunde,
sin aire y sin luz en tierra
se le figura, y le faltan
para echar el paso fuerzas. —

Sigue, párase, vacila,
suda, se abrasa, se hiela,
gíranle en torno las casas,
que se le hunde el suelo piensa,

Y le zumban los oídos...
una bomba es su cabeza
pronta á estallar;... cuando mira
de la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo
por sus umbrales penetra,
al tiempo que en occidente
daba el sol su luz postrera.

El de Lombai en el templo
oscuro y frío, tropieza
con varios informes bultos,
fieles devotos que rezan,

Y cuyos vagos contornos
ver la oscuridad no deja;
y al presbiterio le guía
fulgor de mustias candelas,

Así como por el bosque,
perdido en la noche ciega,
tropezando, el peregrino
va hácia la lejana hoguera.

Del altar santo delante
se arroja en las losas tersas
del pavimento, formando
tras sí larga sombra en ellas.

Los brazos en cruz, clavados
los ojos (en que reflejan
del retablo los esmaltes,
las lámparas y las velas),

Del Redentor en la imágen,
no con los labios y lengua,
que estaban entumecidos,
sino con la voz interna

Del corazón y del alma,
que es la que hasta el cielo llega,
esta petición espone,
y en estos términos ruega:

« Misericordia, Dios mío,
piedad para con mi reina,
no dejéis huérfana á España,
y al mundo hundido en tinieblas.

« Si una víctima es precisa
de vuestra alta omnipotencia
á miras inescrutables,
que yo la víctima sea.

« Caiga yo, caigan mis hijos,
mi estirpe toda perezca,
y sálvese... » Tomb!!! retumba
en el mismo instante, y llena,

Estremeciendo las cimbrias,
los ámbitos de la iglesia
la gran campana, de muerte
dando al mundo infausta nueva.

¡Son espantoso!... Lo escucha
como el NO con que respuesta
da á su plegaria el Eterno,
el marques, y cae á tierra.



ROMANCE IV.

VIAJE FÚNEBRE.

Con blancas sobrepellizes
y con hachas encendidas,
cantando fúnebres rezos
en voz confusa y sumisa,

Sobre mulas enlutadas,
formando dos largas filas,
cien devotos capellanes
á lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros
que negros caballos guían,
del pié á la cabeza armados
y las viseras caídas.